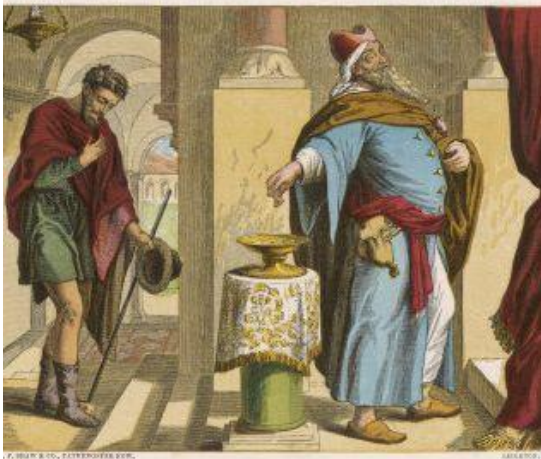


Domingo XXX del tiempo ordinario / Lc 18,9-14

“Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado” (Lc 18, 14).

La relación de hijos con nuestro Padre es lo que nos engrandece, pues derrama su gracia en forma continua. Es necesario reconocer que todo lo bueno que tenemos o hacemos, lo recibimos de Dios. Nuestra vocación es el agradecimiento y la alabanza.



Pero cuando creemos que todo es mérito personal, caemos en la soberbia y nos sentimos superiores a los demás; entonces perdemos la mirada fraterna y creemos que no necesitamos a Dios. La vanagloria y la soberbia nos empobrecen, pues nos hacen creer que somos “dioses”. Es una tendencia que necesitamos frenar, para que en todo

brille la gloria de Dios.

Reconocernos pecadores es una gracia del Espíritu, pues nos abre al arrepentimiento y al deseo de misericordia divina. Cuando nos humillamos frente a Dios, Él nos ensalza. La humildad nos embellece interiormente.

En la medida que reconocemos a los otros como hermanos y vemos lo bueno que hacen, tenemos la posibilidad de acercarnos a Dios. Pues todo es un don.

***“El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
calmará los dolores de su enfermedad” (Sal 40,4).***

Señor dame un corazón humilde, que se asemeje al tuyo, que sólo busque la gloria de la Trinidad en cada una de mis acciones.

¡Jesús, dame con corazón manso y humilde!

¿Qué gestos de humildad y servicio realizo hacia mis hermanos?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc